

CRITICAS AL CRITICO⁽¹⁾

DON Pedro Romero Mendoza, director de «ALCÁNTARA» es también su crítico, no digo el crítico de lo que en ella se contiene, que al fin, todo director de revista literaria al seleccionar los originales, actúa de algún modo como su crítico, sino que digo que además de Director y seleccionador de originales, es crítico de sus colaboradores. Y ello con tal desabrimiento y tonos tan desapacibles que, dando gusto a su pluma criticante, también da disgusto y amargura a los criticados. Porque es evidente, la fruición con que Don Pedro Romero Mendoza critica libros. Se ve que nació para criticar. Es una vocación como otra cualquiera. Yo entiendo que en la crítica, puede haber creación pero precisamente cuando se entiende de modo inverso que el que tiene para Don Pedro Romero Mendoza.

Y duele y entristece que hoy, que las artes, las letras y el pensamiento extremeño, entran en fase de florecimiento vigoroso, hasta hacer que Extremadura suene con voz no usada en el concierto cultural de lo español, sea precisamente el Director de una Revista literaria, patrocinada por la Diputación de Cáceres, quien se erige en Aristarco para desvalorar lo que pasa por su aduana y aun denunciar contrabandos cuando no los hay. Y ahí están esos muchachos (promesas y realidades ya espléndidas) que al lanzar sus versos y sus prosas, se encuentran con el ceñudo vigilante que los vapulea, denuncia y ridiculiza en una crítica incomprensiva y detractora que quiebra toda ilusión encendida de futuros. Si hacía falta que alguien viniera para decir que los poetas extremeños de hoy son unos pobres lunáticos y los que hilamos prosa y pensamiento somos unos pretenciosos, ignorantes y vanilocus que hablamos de todo sin saber de nada, pues ni siquiera distinguimos vocablos bien distinguidos, de modo que, hoy por hoy, en las Letras extremeñas abunda mucha pobre gente con pretensiones ridículas, ya tenemos quien nos lo diga y con la voz autorizada y campanuda del Director de una Revista literaria patrocinada por una dignísima corporación oficial que tanto viene laborando por la exaltación de lo extremeño.

Sin duda el lector piensa ahora mismo que yo hablo así, personalmente dolido por los juicios que mis libros han merecido a Don Pedro Romero Mendoza. Pues sí, esa es una de las razones de estas líneas. Pero aclaremos; muy poco me conocerá quien crea que me duele que mi obra se juzgue con severidad (yo mismo la he pedido

(1) Sr. Director de «ALCÁNTARA».—Muy Sr. mío: Como es posible que, juzgando por los juicios de V. los lectores de «ALCÁNTARA» hayan llegado a suponer que soy un mixtificador y manufactor de sus éxitos personales y literarios, le ruego dé cabida en su Revista a las líneas adjuntas en comentario legítimo a los juicios de V. Le saluda atentamente.—PEDRO CABA.

en mis libros) siempre que la severidad esté bien intencionada y tenga altura, pero cuando se lee una obra de reojo, con ladeada y bizca intención, minimizando todo, poniéndole a todo un descuento irracional, con oscuro afán de zaherir, sin voluntad de comprensión ni generosidad de entendimiento; cuando descubro, que alguien se sitúa ante mis libros en desazón de su inteligencia, espinado de disgusto, buscando faltas y defectos, hasta inventarlos cuando no los hay y *desconociendo* sabiamente el logro y el acierto cuando los encuentra; cuando, en fin, se ejerce la crítica sobre mis libros, no con una intención noble de interpretación, sino con el hondo anhelo de no ver, de *no querer ver*, (lo que en castellano tiene un nombre viejo y exacto); entonces llega la hora de reaccionar y definir a cada uno como quien es, como ahora; y no ya por mi obra y en mi nombre sólo, sino también en el de todos los afectados por semejante actitud, que son muchas las quejas y dolimientos que hasta mí han llegado acerca de ella, y su titular. En nombre de ellos y en el mío, hablo.

Es curioso el concepto que de la crítica literaria tiene Don Pedro Romero Mendoza. Es curioso y no nuevo, porque es el mismo concepto que tuvieron de la crítica «Fray Candil» y «Melitón González», uno en serio y otro en broma. Consiste en ir anotando los gerundios, las malas formas sintácticas, los vocablos mal usados (o que se lo parecen al crítico) y hasta los descuidos de imprenta. Con esa técnica siempre sabiamente e igualmente sabia, lo mismo se juzga un poema de Leopoldo Panero, que la «Crítica de la Razón Pura», la Historia de la industria corchotaponera y una Tabla de Logaritmos. Así, «Fray Candil» encontraba ridículo a Rubén Darío y extraordinario poeta a Campoamor, y el Sr. Romero Mendoza proclama que la poesía contemporánea es un trabalenguas. Pero, en cambio, sirve esta crítica de Don Pedro Romero, en su docto magisterio, para enseñarnos que «aludir» no es «nombrar», que la «genuflexión» no es un doblar de codo o de cintura y que «póstumo» no quiere decir «postrero». Agradecemos tan higiénica labor de purga y de consejos. Espero que alguna vez aleccione a los de mi pueblo para que no vuelvan a decir «haiga» ni «acojormá» (es decir, con congüélmo, cohorno o colmo). Así serán también mis paisanos «aprendices de hablista». Reconozca el Sr. Romero Mendoza que quizás alguna vez se excede en ese celo de pureza y pulimento del habla. Por ejemplo, cuando se empeña en poner en duda, si yo conocía el recto significado de la palabra «inconsútil», a pesar de que el texto era claro. Pero el caso es no desaprovechar la ocasión de exhibir su «hablismo», con cositas cien veces dichas en todos los tonos.

También su horror al neologismo, al donándoles los oídos y las entendederas, le da un pintoresco aspecto, en que se traslucen a la vez, lo cómico y la indignancia. Para el Sr. Romero Mendoza, el idioma no ya es algo acecinado y yerto, en que lo añejo es más gustoso que lo moderno, y lo vetusto es preferible a lo añejo, aunque sea maloliente y rancio, sino que el idioma es algo monumentalizado y mineral incapaz de crecimiento, de modo que todo vocablo nuevo

lo áfea y daña. Seguramente el Sr. Romero Mendoza se pasa muchas ganas de decir «magüer» y «agora». Tiene perfecto derecho a no aguantarse tales ganas. Frente a esa concepción, supongo, que con análogo derecho, yo me permito opinar:

1.º—Que la lengua española alcanzó su espléndida madurez gracias a la gran masa de neologismos que introdujeron los escritores españoles, unas veces recogidos del habla popular y otras veces anticipándose a ellos. Ni «gregüescos» ni «soneto» ni «bigote» ni el «casticísimo» «chotis» son vocablos de abolengo español, sino neologismo de su tiempo.

2.º—Precisamente porque ni Lope, ni Cervantes, ni Garcilaso, ni Góngora, ni Quevedo, ni Fray Luis de Granada, tuvieron el fetichismo del vocabulario ya fijo y acabado, sino que sintieron el habla como algo orgánico y vivo, contribuyeron a vivificarlo y realzarlo.

3.º—Por eso creo, que todo escritor está obligado, hasta donde pueda, a remozar y agilizar el habla, dándole voces nuevas y expresivas cuando no hay otras mejores, o cuando éstas, aun siéndolo, ya han envejecido y se han transpuesto en la conciencia del hablante. El idioma no lo hace la Academia. La Academia, cuando más «limpia, fija y da esplendor». Quien hace el habla es la comunidad, y con ella, en nombre de ella, los escritores y artistas de todas clases. El habla se hace en los mercados, en los tranvías, en las avenidas, en los espectáculos, no en las mesas de las academias, ni en las bibliotecas de los gramáticos y lingüistas. El habla no es un código ni una suma de recetas, sino expresión viva del hombre cambiante, inestable en sus afanes y sus estados de ánimo.

El neologismo es indispensable en la formación y crecimiento y desarrollo de los idiomas; y más que las palabras nos expresan los giros y las formas sintácticas y locutivas que son también expresión libre y no sólo regla y canon, como imagina el Sr. Romero Mendoza. Un capítulo nuevo de la Lingüística, la llamada Estilística—de la que no parece tener ni idea el Sr. Romero—se ocupa precisamente de indagar el sentido, el estilo de la frase por encima del vocablo aislado y más allá de la regla externa. Para mí, el neologismo arbitrario y sin espontaneidad es tan antipático como el arcaísmo conservado en alcohol y traído a colación sin interior necesidad de expresión, solo a golpes mecánicos de Diccionario. Yo no diré nunca «entreviú» teniendo en español «entrevista»; ni «sandwich» teniendo «emparedado» y «bocadillo», pero tampoco diré «a un tiro de ballesta», «como no digan dueñas», «inulto», ni «aquesto», y otras cosas revenidas de extemporaneidad. El escritor ha de intentar inyectar savia nueva en el viejo tronco del idioma y no quedarse atrás petrificado en un lenguaje fósil. Si el Diccionario de la Academia sigue sin incorporar una voz tan usada como «rango» y, en cambio, sigue denominando al artículo gramatical «determinado» e «indeterminado», en vez de «determinante e indeterminante», y continua admitiendo el pretérito «plus-cuam-perfecto» (como si pudiera haber algo *más-que-perfecto* ni en gramática ni en nada) allá la Academia y su Diccionario que se han quedado atrás yertos y monumentalizados.

Ni la Academia ni el Diccionario dictan el habla sino que lo recogen con diligencia y le restituyen, cuando pueden, pureza, prosódica y ortográfica. Nuestra lengua «está empedrada de pedruscos» como dice con su peculiar estilo el Sr. Romero Mendoza) a veces indigeribles de sentido, como la denominación de «genitivo», y a veces horribles de fonética como «gerundio» y «paralelepípedo», que hacen taparse la nariz y reír a los chicos, y con razón. Y es que el lenguaje, además de su etimología, su semántica y su prosodia, tiene también su estética.

Todo esto es viejo y aun archíviejo, pero el Sr. Romero, que envejece cuanto toca, me obliga a recaer en ello. Desde sus ideaciones anquilosadas y vetustas me reprocha que use el verbo nuevo «tesaurizar» en vez de «atesorar». Aparte que no significan exactamente lo mismo (pues se *tesauriza un efecto* o una joya, y se *atesoran varias joyas* o varios objetos) siempre ha habido esta duplicidad de voces más *cultas* y otras *populares*. Así se dice *estricto* y *estrecho*, *auscultar* habiendo *escuchar*. Pero porque se diga *tesaurizar* no ha de derivarse necesariamente *tesaurero*, como dice este señor; de *taurus*, toro, hemos formado *taurino*, pero no por eso hemos derivado *taurero* y no *torero*.

Del mismo modo uso el «ver» y no el «véase» como el Sr. Romero decreta con ligereza que debiera decir, pues el «véase» o el «víde» es forma imperativa. Pero como yo solo quiero enunciar «quien se *interese puede ver*» tal o cual obra, digo abreviadamente «*ver*» tal o cual obra. Por no ser mandato no lo pongo en imperativo. Pero este señor suponiendo que uno no tiene idea de nada, nos resucita el viejo y zanjado tema de si puede usarse o no el infinitivo, por el imperativo y queriendo lucirse con cosas que saben los analfabetos, aprovecha el caso por los pelos y me da una lección más; ¡pobre señor!

Se me hace largo y tarde, en estos comentarios al crítico director que es más bien, un director crítico y aún criticón. Diré, rápido, que el vocablo «comensalinolismo» que aparece en mi «Misterio en el hombre» no me es atribuible, sino que es error de imprenta; mis editores están lejos de mí y no corrijo las pruebas. Los demás vocablos que cita son enteramente míos. Si a D. Pedro Romero no le gustan ¡qué le voy a hacer! Tampoco me gustan a mí sus refritos líricos, como ese fragmento de «El amado» donde no hay una sola imagen o giro personal, sino todo a préstamo, un poema nacido para remedar con torpe voz el más grande monumento lírico de nuestra lengua. Y no me gusta por lo que tiene de vejez mimética y cansina. Con tanto «desaparecer» y tanto «aqueste» y tan «inulta grey hollada» y tantas aves que «pipían» no se demuestra más que mimetismo, senectud y escasa potencia creadora.

Pero vengamos al cabo de todo esto: mi libro «Misterio en el hombre» ha sido objeto de la crítica del Sr. Romero. Como es, o pretende ser, un libro de pensamiento, parece natural que cuando se hable de él se aluda a sus propósitos y logros, según los supuestos del libro mismo. Pues bien; el Sr. Romero Mendoza haciendo

gala de su voluntad de desconocimiento y su incapacidad de interpretación generosa y comprensiva, empieza con una maligna alusión a Jesús Delgado y las «exclamaciones con que señalaba el nuevo astro en el firmamento de las letras». La imagen, como de quien es, nace revenida de vejez... Es cierto que el afecto que Jesús Delgado me profesa, le hace expresarse de forma demasiado generosa para mi obra; y es una preocupación mía la de saber cómo pagarle tanta generosidad y tanto afecto. Pero no creí que a otros pudiera hacer tanto daño.

En seguida, el «docto» crítico «con la máxima cortesía» empieza a registrar en el pensamiento, en el equipaje de ideas de mi libro («suávitèr in modo fórtiter in re»; le felicito por el hallazgo expresivo y por la ortografía de las palabras) y descubre *ipso facto* la influencia en mí de Ortega y Gasset. Es muy penetrante el crítico. Ya en otra ocasión, refiriéndose a otro libro mío, descubrió—y siempre con desagrado—que yo casi solamente había leído libros de la Biblioteca de la Revista de Occidente. E inmediatamente se pone a especular por cuenta propia sobre las ideas expuestas en mi libro y evidencia no sólo mi escaso poder de penetración y mi pobreza de ideas, sino la riqueza extraordinaria de las suyas. Comprueba mi «irracionalismo filosófico» que él rebate con unos levísimos plumazos, y así certifica los sólidos saberes de los suyos. Supongo que el lector me dispensará de tener que exponer aquí de nuevo mis ideas—que el señor Romero Mendoza no podrá entender jamás, por lo que veo—. No creo que sea posible no ya convencerle sino hacerle que entienda lo que digo. Su filosofía personal se lo impide. Recordó que en otra ocasión, hablando de otro libro mío, dijo que lo que yo llamaba «pensamiento lógico» y «pensamiento mágico» era, ni más ni menos, lo «objetivo» y lo «subjetivo». Ante una cabeza así; no hay modo de tratar de hacerse entender. Este hombre no puede pensar más que lo ya dicho y pensado; tiene alquiladas las entendederas al lugar común. Dar a entender que los sexos del espíritu son *objetividad* y *subjetividad*, indica una pobreza, cuyas causas profundas no hay para qué analizar ahora.

Tampoco entiende lo de la irracionalidad del arte con ser tan patente. En el cuadro del pintor entran kilómetros de paisaje en centímetros de tela. En la novela unos minutos sirven a Proust para análisis de muchos días, como en el teatro, en unos minutos entran muchos años de acción. El lenguaje literario es curvo, dice lo que no dice; llama al pan, vino, y al vino, pan, y el poeta nos asegura que hay sátiros y ninfas en los bosques y náyades, en las riberas ¿es todo esto racional? En mi libro se da mucha más extensión y prueba, pero este señor odia el libro y no quiere ni verlo. O lo lee y no se entera, a fuerza de buscar gerundios y neologismos.

Lee las cincuenta páginas—o no las lee—dedicadas a la sexualidad del espíritu, y después de citar a Freud, a Weininger y a Simmel dictamina que «atribuir al espíritu una sexualidad de no ser en un sentido meramente tropológico, nos parece una extravagancia». Sin embargo allí se habla de que Dios es másculo-femenino, de que

los ángeles son andróginos, y Dios y los Angeles, son espíritus. Y se dice que los estoicos admiten el «ánima» y el «ánimus» para indicar lo masculino y lo femenino del alma, distinción que ha recogido Claudel y ha estudiado Jung y recientemente ha servido al Padre jesuita inglés D'Arcy, para un estudio sobre el amor. Todo eso se dice allí pero nada de eso lee o no entiende. Mas sí tiene buen cuidado de asegurar (por si alguien dice que está bien lo que digo) que tales cosas no son nuevas, pues Ortega en el IV tomo de «El Espectador» expone una teoría análoga. La mala fe es evidente. Primero porque yo desafío a que me diga el Sr. Romero, si lo que yo venga exponiendo a lo largo de tres o cuatro mil páginas en seis libros, es lo que Ortega dice en Salomé; y segundo, porque si lo que dice Ortega es lo mismo que digo, entonces la extravagancia será de Ortega y no mía. En suma; si hay algo que valga la pena en mis libros no es mío, y si es mío, no es bueno. He ahí la actitud de un crítico director de una Revista extremeña, ante un escritor extremeño.

Y todo con un chorro de erudición casera, de manual o índice de manual, que solo sirve para probar los posos de este malogrado escritorcito. Termina afirmando que hasta repito mis imágenes y que no corrijo las pruebas.

Quiero concluir quitando indignación a mis palabras. Ese mismo libro al que el Sr. Romero, no le halla sino defectos y malas imitaciones, ha sido traducido al francés con una introducción de un profesor de Filosofía, Mr. Lefèvre. Va a serlo también al italiano por el ilustre tenor y escritor Lauri Volpi y ha solicitado hacerlo también el profesor Teodosio Capalozza. Y el ilustre padre jesuita Salvador Cuesta, Profesor de filosofía de la Universidad pontificia de Comillas le ha dedicado una reseña generosa como ninguna en la Revista «Pensamiento». También el P. Echarri, ilustre hombre de ciencia de Oña (Burgos), me ha escrito cartas cariñosísimas como el padre también jesuita, Francisco Arredondo, de Córdoba. El filósofo argentino Francisco Romero le ha dedicado unos artículos en una revista de Costa Rica y el peruano Wagner de Reyna buenas páginas en Argentina. Tenía que ser el director de una Revista extremeña quien gritara que ese libro es poco menos que una estupidez, escudándose en la cortesía de llamar alguna vez «ilustre» a su autor, desde luego de modo inmerecido. Resulta irónico llamar «ilustre» a quien se prueba que es un zoquete que necesita las reprimendas del Sr. Romero. Le devuelvo el adjetivo con gravedad y sin ironía.

PEDRO CABA



NOTA: Para no dedicar excesivo número de páginas a este asunto, demoramos la respuesta hasta el mes próximo.



Voces y expresiones viciosas

Algido

Si tuviéramos en más estima a los clásicos, cuya lectura es compatible con cualquier flamante y novísimo libro de nuestros días, sabríamos que a quince millas o cosa así, de Roma y en el campo Tusculano, hay un monte que se llamaba Algido, a causa del frío que hace en él. *Quacunque aut gelido prominet Algido* (Horacio: Oda XXI. A Diana y Apolo, Madrid, 1783).

En posesión de este precioso dato y mediante un pequeño esfuerzo discursivo, descubriríamos que cuando se escribe o se dice que un asunto ha llegado a su periodo o momento *algido*, queriendo significar con esto que ha alcanzado su más alto grado de calor, su temperatura moral más alta, se incurre en grave dislate. La voz *algido* pertenece más bien al lenguaje científico, y más concretamente a la patología. Se expresa con esta palabra el gran enfriamiento que se presenta en determinadas enfermedades, como la fiebre intermitente perniciosa y el cólera. Aplícase también al esclerema de los recién nacidos y al estado glacial del cuerpo cuando se acerca la agonía.

Consiguientemente, cuantos ejemplos transcribimos a seguido son otros tantos testimonios del incorrecto empleo de esta voz.

«Por las noches llegaban al periodo *algido* mi tiranía y las bondades de mi abuelo y de sus contertulios». Julio Nombela (*Impresiones y recuerdos*).

«... Pero en el año 1856 mi trato con la familia de Santa Coloma llegó al periodo *algido*, y a su debido tiempo referiré curiosos pormenores de las personas a quienes conocí en aquella casa»... (*Ibidem*).

«...y como la guerra civil estaba entonces en uno de los periodos *algidos*»... (*Ib.*)

«A pesar del estado *algido*, en que la natural desesperación del joven castellano se hallaba por tantos y tan valederos motivos, siempre allá hervía, en su fondo leal y honrado, el horror invencible de todo corazón cristiano al suicidio»... Castelar. (*El suspiro del moro*).

«... y de la pasión ya concluida, ya llegada a su momento *algido*, en su forma dolorosa y perentoria» Ortega y Gasset (*El Espectador*, t.º I).

Creemos que esta corruptela del lenguaje, pues el tal uso de *algido* pugna con la etimología de dicha voz: (*algidus*: frío) puede evi-